

EL DOS DE MAYO.

Aproximándose el funebre aniversario del memorable día 2 de mayo de 1808, y disponiéndose la corporación municipal de Madrid á celebrarle en los términos prevenidos por las órdenes del gobierno, nos ha parecido conveniente consagrar las primeras páginas de nuestro número de hoy á renovar la memoria de aquel lastimoso acontecimiento; mas como no seamos amigos de las declamaciones vagas y discursos hiperbólicos, creemos mas conforme á nuestro objeto el consignar aqui dos hechos positivos relativos al mismo; el primero *la vista y una ligera indicacion del monumento funebre proyectado y aprobado para construirse en memoria de las ilustres víctimas sacrificadas en aquel día; y el segundo una noticia*

biográfica de los héroes Daoiz y Velarde, que hemos tomado de la obra publicada por D. Ramon de Salas, bajo el título de Memorial histórico de la artillería española, cuyo libro por la especialidad de la materia que trata es poco conocido del público, aunque muy apreciado de los inteligentes en ella.

MONUMENTO DEL PRADO.

En 24 de mayo de 1814 decretaron las Cortes que se levantase una sencilla pirámide en el sitio mismo en que fueron inmolados los patriotas madrileños en el paseo del Prado, á la izquierda de la subida al Retiro, consagrando dicho sitio bajo el nombre de *campo de la lealtad*.

A su consecuencia el ayuntamiento de Madrid acordó publicar un programa, invitando á los profesores de bellas artes á presentar los diseños ó planes para llevar á efecto la referida idea, y en esta concurrencia obtuvo el primer premio el arquitecto mayor de palacio *D. Isidro Velazquez*, que resultó ser autor del que arriba ofrecemos, copiado para este efecto del modelo que existe en el gabinete topográfico del Retiro.

Consta de cuatro cuerpos: el primero se compone de un zócalo circular con cuatro graderías, en cuyos estremos van colocados ocho grandes flameros; el segundo demuestra un gran sarcófago, en cuyas cuatro fachadas podrán colocarse mesas de altar para celebrar misas los días de aniversario. En el frontis superior lleva una medalla con los bustos de Daoiz y Velarde; el tercer cuerpo consiste en un pedestal de orden dórico, decorado en sus fachadas del neto, con cuatro estatuas que representan el Valor, la Constancia, la Virtud y el Patriotismo, y por último se eleva un proporcionado obelisco que sirve de remate á toda la mole. En el primer tercio de la parte anterior tiene la inscripción dedicatoria del monumento.

DAOIZ Y VELARDE.

D. LUIS DAOIZ. Hijo de D. Martín Daoiz y Quesada y de Doña Francisca de Torres Ponce de León; nació en Sevilla en 10 de febrero de 1767 y fué bautizado en la parroquia de San Miguel. Su primera educación fue correspondiente á la distinguida calidad de sus padres, estudiando las primeras letras en el colegio de San Hermenegildo de dicha ciudad. En 13 de febrero de 1782 entró de caballero cadete en el Real colegio militar de Artillería de Segovia, donde se distinguió en la esgrima, y salió á subteniente de la misma arma, despues de los estudios de reglamento, en 9 de enero de 1787. Sirviendo en esta clase se halló en la defensa de la plaza de Ceuta en 1790, y en la de Oran en 1791; y habiéndose distinguido en esta última, fue por ello premiado con el grado de teniente de infantería, que obtuvo en 5 de octubre de 1791, por recomendacion muy honorífica hecha por los gefes del arma, especialmente la del brigadier D. Andres Aznar, comandante de artillería de aquella plaza y ejército. En 18 de febrero de 1792 fue promovido á teniente de artillería por antigüedad. Declarada la guerra con Francia fue destinado al ejército de Cataluña, donde estuvo mandando, ya baterías móviles, ya estables, desde 23 de mayo hasta 25 de noviembre de 1794, en cuyo día fue hecho prisionero de guerra y conducido á Tolosa de Francia. Hecha la paz en 1796 volvió Daoiz á España, y en 10 de junio de 1797 fue destinado y embarcado en la escuadra del Oceano que mandaba Mazarredo, encargándosele el mando de la tartana cañonera número 5, que tenia hornillo de bala roja, y con la cual se halló en la defensa del bloqueo de Cádiz y en el glorioso ataque de las lanchas españolas contra el navio inglés el *Podernso*. En octubre de 1798 se embarcó en el navio San Ildefonso, del mando de D. José Uriarte y Borja, con destino al servicio de la artillería, y en él permaneció hasta junio de 1802. Durante este tiempo, que era el de la guerra con los ingleses, hizo dos viajes redondos al continente de islas de América, llegando á enterarse del servicio de la marina en términos que alternaba con los oficiales del navio cuando no tenía que servir la artillería; y siendo además completa su inteligencia y facilidad en hablar las lenguas francesa, inglesa, italiana y latinas, fue escogido varias veces en alta mar para parlamentario con buques estrangeros. Mientras desempeñaba este servicio ascendió á capitán de Artillería por antigüedad en 4 de marzo de 1800. En 1.º de julio de 1802, de resultas de la nueva ordenanza de su ar-

ma, fue declarado capitán primero del tercer regimiento. En 2 de mayo 1808 se hallaba en Madrid encargado del detalle de la plaza y de la tropa de Artillería destacada en ella; y en virtud de las órdenes comunicadas por el capitán general para que las tropas se mantuviesen quietas y encerradas en los cuarteles, se encontró Daoiz aquella mañana con sus artilleros en el Parque de Artillería, situado en el barrio de las Marabillas, calle de san José, casa llamada Monteleon. Allí observaba y cumplia con despecho unas órdenes tan manifiestamente favorables á los proyectos de Joaquín Murat, gran duque de Berg y de Cleves, y generalísimo de los ejércitos de Napoleón en la Península, hasta entonces aliados, observado por una parte por una guardia francesa de setenta y cinco hombres que habia en el Parque, y escitado por otra de una multitud de paisanos que agolpados á la puerta del edificio, que estaba cerrada, pedían armas: cuando llegó su intrépido compañero don Pedro Velarde, y se hizo abrir. Dirigióse éste á Daoiz, mas antiguo que él, para incitarle á que prescindiese de las órdenes y armase y ayudase al pueblo perseguido. Daoiz, como responsable de la disciplina y amante de ella en toda su careca, luchó todavía algunos instantes contra los impulsos de su patriotismo; pero picado vivamente por algunas expresiones de Velarde que podian confundir su subordinacion con falta de valor, *aviva Fernando 7.º* exclamó; y haciendo menudos pedazos la orden escrita que tenía en las manos, mandó abrir las puertas del Parque, armó á los paisanos y se preparó á resistir á las tropas francesas. Durante el combate con ellas, que se verificó atacando por las tres calles que conducian á la puerta del Parque y que duró unas tres horas, murió Velarde de un balazo de fusil, con cuya fatalidad, el cansancio de los pocos soldados que habia, y la enorme superioridad de los franceses, no se podia dudar de un éxito desventajoso para los patriotas españoles. En este punto varían ya las relaciones. Segun unas, Daoiz hizo señal de capitulacion poniendo un pañuelo blanco en la punta de su espada. Segun otras, quien hizo la señal fue un general francés que marchaba á la cabeza de una de las columnas. Lo cierto es que se vió por algunos instantes á Daoiz hablar con el general y de pronto ponerse en guardia uno y otro y batirse personalmente; pero en el acto de este noble y singular combate se agolparon sobre Daoiz varios oficiales y granaderos franceses, y á pesar del denuedo con que los resistia guardándose las espaldas con un cañon, cayó herido mortalmente de varias estocadas y bayonetazos. Los franceses, llevados de la ocupacion del Parque, que era su objeto, dejaron así á Daoiz en la calle, y entre varios objetos le recogieron y le llevaron á su casa calle de la Ternerera, donde espiró á las cuatro horas despues de apretar la mano al sacerdote que se presentó á visitarle, única accion de que fue dueño. Contaba entonces de edad cuarenta y un años, dos meses y veinte y dos días, y de servicio veinte y seis años, dos meses y diez y nueve días. Al anochecer del mismo fue conducido su cuerpo, amortajado con su mismo uniforme y metido dentro de una caja, á la parroquia de San Martín, donde se enterró; habiendo verificado estos últimos piadosos oficios el escribiente meritorio que era entonces del ramo de cuenta y razon de Artillería D. Manuel Almira. Su cadáver fue exhumado en 1814 y trasladadas las cenizas á una urna que existe en la iglesia de San Isidro de Madrid, donde fue depositada solemnemente el 2 de mayo del referido año de 1814, á los seis justos de haberse sacrificado, ofreciendo los primeros ejemplos de resistencia á la usurpacion de Napoleón. Gozan sus restos honores de capitán general y se incluye como el primer capitán de Artillería en la escuela del cuerpo, y pasa revista de presente en el departamento donde esté el colegio.

este ó el otro músculo con que opera. Según Mr. Gariolis, ingeniero de puentes y calzadas de Francia, un hombre produce al cabo del día mayor trabajo con cansancio igual obrando con los músculos de las piernas que con los de los brazos; y operando con las piernas produce todo el trabajo posible cuando sus movimientos no escuden de la rapidez de la marcha ordinaria y el esfuerzo que hace se acerca mas al que los músculos ejecutan al zambor. Los dos mejores modos de emplear la fuerza del hombre son el de hacerle operar con los pies contra una palanca que empuje delante de sí, ó por su propio peso colocándole en la estremidad de una palanca.

Los trabajos en que el hombre tiene que excederse de sus hábitos corporales para obtener un efecto mecánico son aquellos en que la cantidad de acción diaria es la mas pequeña. Si la maniobra v. g. debe ser de alto en bajo, como la de sacar agua de un pozo con una soga y una garrucha, ó de bajo en alto como la de un cubo de agua con un gorfio, el efecto de un día entero de trabajo será menor que si el obrero hubiese estado dando vueltas á un manubrio. Los hombres de mucha estatura son preferibles para esta especie de trabajo; pero no en el caso en que la acción se estiende á todos los músculos del cuerpo. Los de carácter hemático son mas á propósito para obras que exigen mas esfuerzo que celeridad. Los hombres de carácter vivo se cansan prontamente, y parece que su actividad se alarga. Son muchas las diferencias que se observan en esta parte.

La temperatura del sitio en que se trabaja ó el clima del país ocasiona variedades mas señaladas todavía en las cantidades de acción diaria de trabajo. Se ha observado que los habitantes de países, cuyo tempera-

mento escede rara vez de 20 grados, no son capaces de una mitad de la cantidad de acción diaria que pueden producir en nuestros climas.

En los establecimientos de industria deben elegirse los sitios mas frescos para colocar en ellos á los hombres destinados á un trabajo continuo en el que tienen que emplear todas sus fuerzas. En el caso de ponerlos en piezas calientes ó se les ha de relevar á menudo, ó disminuir casi en una mitad el valor del esfuerzo ó celeridad que en rigor podrian emplear si la temperatura fuese mas fresca.

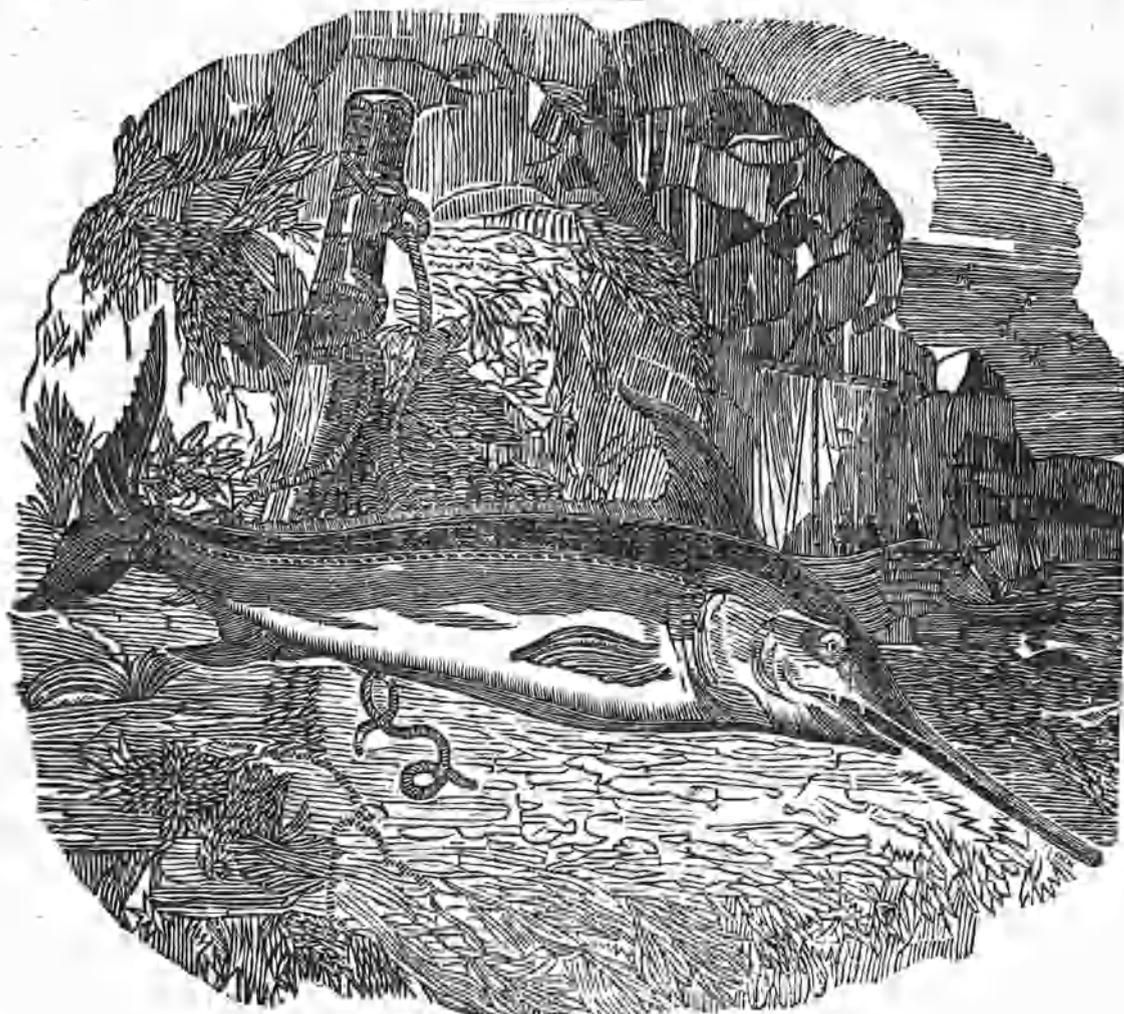
Concluiremos este artículo señalando los límites de los que jamás debe pasarse cuando se emplea al hombre como fuerza motriz, tomándolos de autores escrupulosos.

1.º El mayor peso que un hombre de buenas fuerzas puede llevar á corta distancia es el de trescientas libras.

2.º Todo lo que un hombre puede llevar caminando habitualmente por un terreno horizontal son ciento veinte y ocho libras y en transportar todo un día de trabajo mil quatrocientas sesenta y seis libras á tres mil pies de distancia.

3.º Lo que puede un hombre llevar subiendo una escalera es un peso de ciento doce libras y en todo un día elevará este peso á tres mil pies de altura.

4.º En cuanto al esfuerzo ó celeridad que el hombre puede producir tirando ó impeliendo con el brazo, es sabido que en circunstancias las mas favorables no debe prometerse trabajando continuamente un esfuerzo que exceda del valor de treinta y dos libras, elevados en un segundo á medio pie de altura.



EL PEZ ESPADA.

Se le ha dado este nombre por el arma que tiene en su quijada superior, semejante á una espada, y es el

pisce spada de los sicilianos, el *sword-fisch* de los ingleses etc. También se le suele llamar *pez emperador* porque lleva espada como los césares.

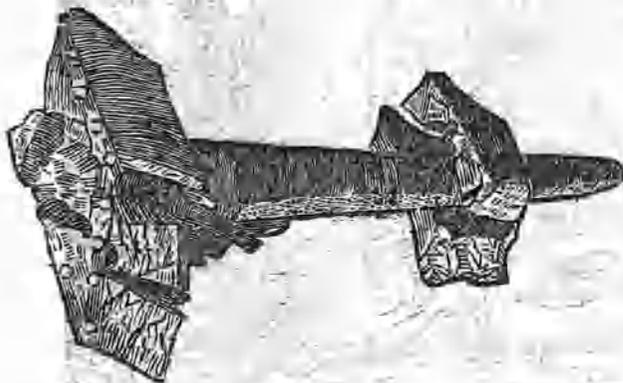
Sus escamas son infinitamente pequeñas de modo que su piel que refleja un brillo metálico parece destituida de ellas. Tiene hendiduras en los lados de la cola, una aleta caudal muy fuerte y una dorsal en forma de quilla, muy levantada, y que puede servir á la vez de quilla y de vela, según esté el pez dentro del agua ó á la superficie de ella.

Lo largo del hueso en forma de espada que termina su quijada superior es para este animal una rusquina terrible de guerra, con la que ataca á los mayores animales marinos. Su boca no tiene dientes y su cuerpo es redondo. Suele llegar á cinco pies de longitud, y su grueso es como el de un hombre de 16 años. Comúnmente se le encuentra en el Mediterráneo, y sobre todo en las aguas de Sicilia, por cuya razón le llaman los ingleses *The sicilian sword fish*.

Su pesca es de las más divertidas que puede haber en las costas de Sicilia en el canal que divide la Calabria de la Sicilia, Messina de Regio; y el remolino de Caribdis de la roca homérica de Scila.

La costa de Sicilia forma un arco de círculo entrante desde el faro de Caribdis hasta el puerto de Messina; sus verdes colinas se elevan en forma de anfiteatro unas sobre otras; á orillas del mar abundan magníficos aloes con hojas en figura de espadas que dan un aspecto africano á todo el paisaje; en segundo término los naranjos, limoneros, y perales llenan los jardines y dan á la vez flores, frutos verdes y frutos que van á caer de maduros. Mas arriba los verdes pámpanos de la vid se contornean elegantemente sobre los casinos blanquíssimos, no dejando ver entre ellos y el cielo sino las graciosas cúpulas de los monasterios.

La costa calabresa tendrá unas cinco leguas hasta Regio, y su aspecto es severo: se acumulan en ella, no colinas sino montes que reflejan un viso de amatista por que la luz se descompone allí en un aire puro.



(Las embestidas del pez espada contra los navíos son tan violentas, que puede atravesar el bordaje ó costado del buque. El dibujo que aquí se pone manifiesta un trozo así atravesado que se encontró en la escena de una fragata.)

Al derredor de Regio, ciudad destruida tantas veces por los volcanes, y tan célebre por la estancia del apóstol San Pablo, hay también jardines de naranjos que em-

balsaman el aire, y tuve ocasión de admirar estas bellezas de la costa de Sicilia cuando presencié la pesca del pez espada. Eramos siete franceses todos de Paris los que nos hallábamos en un esquite; mis dos compañeros de viaje Lefevre y Bibson, y cuatro pintores ó arquitectos de la escuela de Roma, y entre otros M. Perant, paisajista, el arquitecto de la expedición de More, Mr. Blouet etc. y debíamos aprovecharnos de la corriente que todas las mañanas se dirige en diagonal desde Messina á Regio. Así que llegamos á ella, los marineros sicilianos cargaron vela, metieron los remos en el esquite y se cruzaron de brazos. Avanzábamos sin embargo rápidamente por el medio del estrecho, sobre un mar suavemente agitado por una especie de hervor, semejante al del agua en una vasija de cobre, pero sin ningún sacudimiento. Al cabo de dos horas de la más feliz navegación llegamos á Regio, en donde nuestros paisajista y arquitectos se pusieron á dibujar y nosotros á herborizar, hasta la hora del desayuno. Después de éste nos volvimos á embarcar; pero como ya no nos favorecía la corriente, nuestros marineros adquirieron un buque, que por medio de un calabrote de más de cien pies, nos remolcó con una velocidad que né la hubiera igualado un caballo á trote.

Entre Regio y Silla vimos una multitud de gente á caballo eran los llamados *Campicri*, armados de pies á cabeza, con el fusil de lado, y la caxana llena de cartuchos, escoltando á un viajero también montado contra los bandoleros, á quienes se parecían ellos mismos como un hueyo á otro. Nosotros nos habíamos acercado á una gran embarcación anclada y á una docena de botes que navegaban en todas direcciones: es decir que nos hallábamos en el teatro de la pesca. Se presentó á nuestra vista un gran buque anclado con un mástil sin vela y un barril por gavia. En esta garita es donde se coloca un marinero en acecha para gritar á las barcas que se acercan los peces espada. A su señal forman las barcas un círculo, y cuando salen estos peces á jugar á la superficie dando saltos prodigiosos, unos arponeros diestros les lanzan un arpon al que va sujeto un cordellillo de cable, de modo que pueda traerse la víctima á bordo. Sucede que se arrojan inútilmente una multitud de arpones y se yerran un sin número de golpes contra el veloz animal; pero si un pescador diestro le hiere con buen éxito, resuena al momento un grito de alegría en toda la escuadrilla; y cuando el *pisce-spada* estuvo á bordo se decían mutuamente nuestros camareros, llenos de satisfacción: ¡*Ah che reddii pisciu campar!* ¡*Ah que hermoso pez, compadre!* Despediamos de ellos y fuimos á ver la roca Scila, roida en su base por las olas voraces que en la imaginación de Homero y de Virgilio son perros ahulladores; pero en aquel día estaba la mar tranquila, los perros homéricos dormitaban, y no vimos sino un alto peñon coronado por un pequeño fortín, defendido en tiempo del imperio contra los ingleses por el coronel Martin. Al siguiente día saludamos á aquel peñon como á uno de los restos antiguos de nuestras glorias, y padre de uno de nuestros buenos amigos. Nos aprovechamos de la corriente baja, ó de la tarde para volver á Messina, á donde nos habían precedido los paseadores llevando en triunfo su presa, coronada de verdes pámpanos y gritando por la ciudad: ¡*Ah che reddii pisciu! ah che reddii spada ó questo*, para llamar á los aficionados á que fuesen al *mercato della marina* á tomar parte en la compra del animal que se vendía á trozos y á peso, como entre nosotros el salmón ó merluza. Quisimos también nosotros participar de la pesca, y la ama de l' *Albergo del Fiari* nos guisó un gran trozo de pez-espada, cuyo sabor nos pareció que se asemejaba al de la mejor ternera.

EL DIA 1.º DE MAYO EN VIENA.

El día 1.º de Mayo es en casi todos los países de Europa un día de solemnidad y regocijo. Los pueblos del mediodía que disfrutamos un clima benigno y templado somos mas indiferentes que los demas á la llegada del precursor de las flores; pero los que viviendo bajo un cielo menos clemente tienen que sufrir por mas largo tiempo los rigores del invierno, solemnizan y reciben con entusiasmo á tan grato día.

En Rusia, Suecia y Alemania se celebra el primer día del mes de Mayo así en las ciudades populosas como en las mas reducidas aldeas con un aparato y alegría increíbles. En Belgica toma cada año una parte activa en esta fiesta, que es verdaderamente popular. Los que transitan por las calles se abrazan y felicitan recíprocamente, se convidan entre sí, y no hay familia que no plante alegremente en medio del patio ó delante de la casa un pino descortezado, y elegantemente guarnecido de guirnaldas, y de bajarascas y adornos de papel de colores cortados con el mayor arte.

El día 1.º de Mayo es en Viena el de un alborozo y delirio inconcebibles, debiendo tenerse entendido que no hay en el mundo otro pueblo que viva tanto fuera de sus casas como el de Viena.

No obstante lo frío de su temperatura y las repentinas variaciones que suele tener de una hora á otra y que la hacen desagradable y mal sana, no bien despunta el día 1.º de Mayo cuando los jardines de las posadas se abren, los figoncillos del *Prater* presentan ya preparadas sus mesas, se organizan las orquestas ambulantes, y todos los buenos vieneses abandonan sus habitaciones por los sitios públicos á donde concurren en tropel á comer, beber, y fumar, bajo el abrigo poco protector de un cielo frecuentemente anublado.

Los regocijos del día 1.º de Mayo empiezan temprano por una carrera de á pie á las seis de la mañana. Casi todos los nobles ricos de Viena pagan uno ó dos corredores, que son los que se disputan el premio; pero en este día solos los nobles de Austria propiamente así llamada pueden presentar sus corredores, quedando escluidas los señores húngaros, bohemios, italianos etc. etc. así como los extranjeros.

El espacio que ha de correrse es muy considerable. Los competidores deben seguir la calle principal del *Prater* hasta el sitio llamada *la Bond d'eau* donde un brazo del Danubio corta dicho paseo, y volver despues sin detenerse hasta el punto de donde partieron. Antiguamente se prolongaba la carrera hasta Lusthaus; (casa de recreo en la que Napoleón fijó su cuartel general en 1809 algun tiempo antes de la batalla de Wagram, y en donde posteriormente en 1815 dieron los soberanos aliados una gran comida y fiesta militar á sus tropas) pero como una carrera tan dilatada ocasionaba á menudo graves accidentes, se disminuyó en una tercera parte. Aun como queda en el día es espantosa; si se considera que no basta para ganar el premio llegar el primero á la meta sino que es menester continuar corriendo sin interrupcion.

Este paseo de *Prater* es uno de los mas hermosos que pueden verse y no tienen comparacion con el ni los Campos Eliseos, ni el bosque de Bolonia de París. Es una gran selva que empieza desde las mismas puertas de Viena y se estiende á lo lejos por la orilla derecha del Danubio. Atraviesanta calles magnificas, que ya cruzan por enmarzados y oscuros bosquecillos, ya por risueños escampados ó estensas praderas en donde se a'zan á trechos como en un jardín ingles antiguas hayas ó enormes castaños que cuentan siglos. El Danubio, que se divide allí en diferentes brazos, forma una multitud de islas verdo-

sas y llenas de árboles en donde se reúnen por bandas cerca de doscientos ciervos domesticados que los monteros recogen por la tarde á son de corneta para encerrarlos hasta el amanecer en elegantes establos dispuestos á lo largo de la calle principal del *Prater*.

Como del arrabal *Landrestarse* en que yo estaba alojado no habia mas distancia que la de doscientos pies ó trescientos pasos hasta el *Prater* atravesé el puente *Razoumoffsky* y llegué antes que principiáran los juegos. El tiempo estaba deliciosísimo y el aire puro y fresco. El sol en su oriente doraba las cumbres del *Khalenberg* y el *Leopoldberg* que divisaba en el horizonte, todavía medio envueltos con la trasparente niebla de la mañana. Hallé mucha gente en la calle en que debía correrse, y pronto ví llegar mas de doscientas cincuenta mil personas que salian en dilatadas y silenciosas columnas de los diferentes cuarteles de la ciudad, para venir á colocarse con admirable orden á los dos lados de la calle mencionada. Algunos soldados de policia de á caballo estaban situados de trecho en trecho en escalones por toda la línea á fin de dejar el espacio desembarazado á los corredores. No era muy trabajoso su servicio, y aun tampoco necesaria su presencia segun la natural sensatez y tranquilidad del buen popular de Viena.

Me acerqué á la meta que es al mismo tiempo el punto de arranque, y ví á los corredores en número de diez ó doce. Su traje se componia de una chaqueta blanca muy ligera, un pantalon del mismo color, sujeto hácia los tobillos bajo unos botaguies verdes y una gorrita asimismo verde coronada con un penacho de plumas de varios colores, y adornada con una lémnia que presenta el escudo de armas de sus amos. Bodeaban un trofeo compuesto de cinco banderas bordadas de oro y plata, que se destinaban para los cinco primeros corredores que llegasen á la meta. Unos cordeles sujetos á unas cañas formaban al derredor de ellos un acerca, detras de la cual habia un tropel compacto, que al menor movimiento hubiera derribado aquella endeble barrera, y que de nada serviria en otras ciudades de Europa; pero era bastante en Viena para mantener á cada uno en su puesto.

A las seis en punto se oyó la señal de dos cañonazos. Un oficial de policia partió á galope, y tras él pasaron los corredores en columna cerrada y sin procurar aventajarse, economizando sus fuerzas para el último momento. Siguiólos el juez del campo en estruaje para asegurarse por sí mismo de que todo iba en regla, y recoger en caso necesario á los corredores á quienes el desfallecimiento de sus fuerzas hiciese indispensable aquel socorro. El pueblo se cerró á su paso y la calle quedó invadida; pero no bien otros dos cañonazos anunciaron que los competidores habian llegado á *Bond d'eau* y que volvian, cuando cada espectador se alineó como antes á los lados de la calle para dejarles paso. Casi á la media hora de la señal primera llegó uno de los competidores desalentado, lleno de sudor y pálido como un difunto, tocó á la meta en medio de los mayores aplausos, y ganó muy bien aquel pobre hombre los diez soberanos de oro, que eran el premio del vencedor. Dos minutos despues llegó el segundo que me pareció mas desfallecido que el primero. Sus compañeros fueron llegando sucesivamente á la meta, menos dos que no pudiendo mas se habian detenido y á quienes habia recogido el carruaje. El juez de los juegos distribuyó las cinco banderas, hecho lo cual vencedores y vencidos se dirigieron precedidos de la música á un figon del *Prater* en donde les aguardaba un buen almuerzo. El concurso los acompañó hasta la puerta, y se dispersó despues pacíficamente.

Desde las once á la una se reunió la concurrencia en *l'Augarten*, jardín espacioso situado á la estremidad del arrabal de *Leopoldstadt*. Es un verdadero jardín á la francesa con largas calles de castaños, y espalderas de hojaranzos, paterres regulares, terraplenes y estanques.

Lo hizo el emperador Fernando III, lo hermosearon sus sucesores y lo dió para recreo del público en 1775 José II que mandó poner en su entrada principal esta inscripción:

*Sitio de recreo consagrado á todos los hombres,
por su apreciador.*

El *Augarten* que está desierto en todo lo restante del año, se hace el día 1.º de Mayo un paseo de moda, y el punto de reunion de toda la ciudad. Allí vi congregada á toda la alta aristocracia vienesa. Las señoras con gran prendido de primavera ocupaban la calle principal y las sillas mas inmediatas á la orquesta, afectando en obsequio al día cierta sencillez campestre, y una especie de aturdimiento que contrastaban maravillosamente con el frío y grave continente de los simples ciudadanos. Los hombres se paseaban en medio de todas aquellas encantadoras jóvenes, asestando sus lentes á derecha é izquierda con tanto fatuismo, pero con menos descaro que los elegantes de Madrid.

Al cabo de dos horas de este paseo, tan variado en sus objetos, cada cual volvió á su casa á componerse de nuevo; y los grandes personajes y las mujeres de mas tono fueron á comer á campo raso en varios puntos preparados en el mismo *Prater*. Me divertió mucho tiempo la multitud que rodeaba sus mesas, mirándoles co-

mer y beber, con la boca abierta, como si fuesen de distinta especie que ellos. El asombro que causaba á aquellos buenos vieneses la profusion de platos y manjares desconocidos; las sencillas reflexiones de aquellas gentes á la vista de todos aquellos grandes personajes y de lo nuevo del espectáculo, y el continente mismo de los autores que se pavoneaban al considerarse blanco de la atención de tantos, formaba un conjunto muy cómico.

A cosa de las cinco subieron las señoras á sus coches, dirigiéndose á la grande calle del *Prater* en donde empezaba el paseo. Dos grandes hileras de elegantes carruages circulaban por ambos lados, dejando el medio para los de cuatro caballos: el contrapaseo de la derecha es para los de á caballo, y el de la izquierda para la gente de á pie; pero lo que no puede imaginarse quien no la haya visto es la belleza de los sitios de este paseo; el admirable verdor de los árboles, los dilatados prados que los rodean, la embalsamada frescura del ambiente, y la diversidad de equipages rusos, húngaros, polacos que van pasando sucesivamente por delante de uno. Al ponerse el sol, cada uno se retira; el *Prater* va quedando poco á poco desierto, y la muchedumbre que le llenaba se encamina hacia los infinitos *gasthauser* de Viena y sus arrabales para acabar de celebrar dignamente con el vaso en la mano el primer día del mes de Mayo aguardado con tanta impaciencia, y tan cordialmente solemnizado.



UN PASEO INTERRUMPIDO.